

Europeísmo y Eurocentrismo

por José Paradiso

La inquietud del mundo no puede disimularse. Muchas y muy diversas son las amenazas que sobrevuelan la existencia humana en los albores del siglo XXI. La sensación de inquietud se palpa, aun cuando el acostumbramiento a la vertiginosa acumulación de noticias preocupantes parece despojar a su registro de dramaticidad. Podrían mencionarse muchos momentos de gestación de tormentas que los contemporáneos no pudieron evitar aun cuando las soluciones estaban al alcance de sus manos. Tal vez los años treinta de la centuria anterior sean el ejemplo más cercano: una sucesión de acontecimientos que llevaron a la segunda gran guerra denominada mundial anunciaban la catástrofe. Como entonces, el desenlace ominoso no es inevitable, aunque los cultores de un realismo vulgar hagan lo posible para garantizarlo. Es mucho lo que puede hacerse y son muchas las ideas de que pueden servirse quienes piensan en otros futuros posibles.



¿Por qué esta introducción en un trabajo que procura enfocar un capítulo particular de la relación entre América Latina y Europa? Fundamentalmente porque nos contamos entre quienes creen en la necesidad de construir un orden mundial que plasme ese posible y porque tal empresa requiere de la convergencia de dos espacios que, como América Latina y Europa, comparten un sustrato cultural común y un sistema de valores compartidos. Como ha señalado la misma Comisión Europea: “Es difícil encontrar en el mundo otra región con la que existan tantas razones para construir una verdadera alianza [...] dada la historia y la cultura que ambas comparten, la Unión Europea y América Latina están en condiciones de comprenderse mejor que con otras regiones, por lo que disponen de una gran ventaja para, unidas, multiplicar su capacidad de acción”¹. Solo que esa “coalición”, sostenida sobre orientaciones democrático-cosmopolitas, requiere que ambas partes despejen algunos malentendidos siempre abonados por la falta de disposición a reconocer al otro en su esencia y singularidad.

En aquellos días que precedieron al desencadenamiento de la guerra, en más de una oportunidad, pensadores latinoamericanos y europeos compartieron diagnósticos y procuraron hallar respuestas comunes ante la crisis que estuvieran sostenidas sobre la similitud de valores culturales. Un ejemplo de ello fue la reunión realizada en Buenos Aires en septiembre de 1936 bajo el auspicio de la Organización de Cooperación Intelectual de la Sociedad de las Naciones². Del encuentro participaron escritores de Europa y América Latina para dialogar sobre las relaciones entre los universos culturales que ellos representaban en un contexto mundial cargado de tensiones. Participaron, entre otros, figuras de la talla de Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Baldomero Sanín Cano, Juan B. Terán, Francisco Romero, Georges Duhamel, Emil Ludwig, Juan Estelrich, Jules Romain, Jacques Maritain, Stefan Zweig. Registros demasiado apresurados han soslayado estas experiencias privándonos de antecedentes útiles para retomar ese diálogo con el mismo espíritu que entonces³. Bueno es recordar que en esas oportunidades, siempre se enfatizó la necesidad de “reconocerse” en similitudes y diferencias, de tomar en cuenta lo que cada uno había significado para el otro en cinco siglos de trayectoria paralela.

Lo primero a superar son dos visiones distorsivas que se refuerzan mutuamente -así lo han venido haciendo desde largo tiempo: “europeísmo” y “eurocentrismo”. El europeísmo de unos confirma el eurocentrismo de los otros, componiendo identidades equívocas que obstaculizan el reconocimiento mutuo. Celo imitativo de un lado, exceso de soberbia auto-referenciada del otro. La contracara del europeísmo suele ser una actitud entre hostil y recelosa de Europa que tiende a descartarla -sino a culpabilizarla- por decadente como poder y como expresión de cultura.

Hay mucho de audacia en lo que intentamos aquí. Como nos movemos habitualmente en el ámbito de la sociología política y de las relaciones internacionales y carecemos de la erudición requerida para delimitar influencias culturales e ideológicas, solo nos proponemos un esquema interpretativo, basado en algunas intuiciones y, al mismo tiempo, necesariamente provisorio, que aspira a identificar algunas cuestiones capaces de estimular la reflexión que debería acompañar a la articulación de la mencionada coalición. Por lo demás, sabemos bien de la dificultad para delimitar influencias y seguir el hilo de una travesía cultural o ideológica. Remontarse a las nacientes de una expresión, sea ella culta o popular, suele deparar hallazgos inesperados que reflejan la compleja trama de los intercambios. Las ideas siguen recorridos a veces caprichosos, en cuyo transcurso incorporan y cambian al atravesar territorios diversos y lo que se inicia en uno de ellos suele retornar al lugar de origen después de recorrer diversos lugares (haciendo alusión precisamente a flujos entre Europa y América Latina se ha mencionado el fenómeno de “retorno de influencias” para referirse a expresiones de una latitud que se suponían gravitantes sobre otra pero que en realidad reconocían en esta antecedentes remotos).

En un ensayo escrito durante la primera mitad de la década de los sesenta, titulado “La situación básica: Latinoamérica frente a Europa”, el historiador José Luis Romero escribía:

Es innegable que Latinoamérica existe como una unidad real mirada desde Europa, en relación con la cual se ha desenvuelto siempre un diálogo de muy variados matices. No significa esto que no se hayan dado en Latinoamérica ciertos procesos autótonos. Por el contrario, significa, precisamente, que se han dado desde un comienzo; pero tales procesos han debido conjugarse con otros desencadenados fuera de su área, dirigidos y controlados desde Europa [...]. Podría decirse que el desarrollo latinoamericano resulta de cierto juego entre una vigorosa originalidad y una necesidad de adecuarla luego a ciertos esquemas de origen extraño [...]. Esta circunstancia hace inexcusable el examen de las variables relaciones entre Latinoamérica y Europa, y más inexcusables si se trata de establecer las líneas autónomas del proceso de desarrollo histórico latinoamericano. Quizá ha sido Latinoamérica más original de lo que suele pensarse, y quizá sean más originales de lo que parecen a primera vista procesos que, con demasiada frecuencia, consideramos como simples reflejos europeos⁴.

Desde la amplia perspectiva que dejaron abiertas estas afirmaciones, nos interesa aquí dirigir la mirada hacia un capítulo particular de las relaciones entre América Latina y Europa: lo que cada uno ha significado para el otro y, subsidiariamente, las percepciones mutuas. El Atlántico ha sido una avenida de doble mano por la que han fluido noticias originadas en uno y otro lado, noticias que han sido ideas y acontecimientos. Cada uno de los extremos ha gravitado en el desenvolvimiento del otro y más de una vez lo que uno y otro tuvieron como propio, tenía sus raíces en las orillas opuestas.

Un enfoque atento a las percepciones y más ajustado a unidades y diversidades dentro de cada parte, debería hablar de “las Américas y las Europas”. En el caso del espacio reconocido en el nomenclador geográfico como hemisferio occidental, siempre ha sido necesario diferenciar la porción de colonización británica de la ibérica, mientras que del otro lado la diversidad es muy amplia y admite numerosas clasificaciones, incluida la de una Europa central y otra periférica. Con frecuencia la mención a América como un todo ha prescindido de la distinción entre sus dos grandes capítulos. Durante un tiempo y a ciertos efectos, esta “confusión” -no siempre inocente-comportaba menos distorsiones y equívocos que los que derivaron del desarrollo desigual y la proyección hegemónica del Norte. Más ajustada y provechosa, en cierto modo, ha resultado la referencia a un “triángulo atlántico” que individualiza las relaciones entre cada uno de sus extremos.⁵

Volviendo al eje Latinoamérica-Europa. La densidad de los flujos culturales e ideológicos en una y otra dirección y las transculturalidades derivadas, han dependido del hecho de tratarse de una relación que se desarrolló dentro de un patrón centro-periferia, donde la “periferidad” ha sido mucho más que un vínculo económico y un trayecto histórico singular; ella evoca una condición que incluye, entre otros rasgos, la disposición a absorber y nutrirse de lo proveniente del centro emisor, la asimilación de expresiones materiales y simbólicas provenientes de un espacio referencial. La forma -o las formas- de asimilación y lo que se haga con lo asimilado es otra cuestión, que en modo alguno se puede soslayar y que ha sido fuente de interpretaciones diversas.

Primero fue la excepcional aventura del “descubrimiento”. Cualquiera hayan sido los motivos de la gesta que abriría el camino de una mundialización que de ahí en adelante seguiría su curso solo con pausas, y al margen del error inicial del navegante al servicio del reino de Castilla respecto del lugar adonde había llegado buscando la ruta hacia las apetecidas especias orientales, la imagen de un “mundo nuevo” que convertía al ya conocido en “antiguo” llegaría hasta

La densidad de los flujos culturales e ideológicos en una y otra dirección y las transculturalidades derivadas, han dependido del hecho de tratarse de una relación que se desarrolló dentro de un patrón centro-periferia, donde la “periferidad” ha sido mucho más que un vínculo económico y un trayecto histórico singular; ella evoca una condición que incluye, entre otros rasgos, la disposición a absorber y nutrirse de lo proveniente del centro emisor, la asimilación de expresiones materiales y simbólicas provenientes de un espacio referencial.

lo más profundo de las conciencias continentales. Fue el primer gran acontecimiento que conmovió a la conciencia europea, un cataclismo, según algunas interpretaciones, cuyas ondas se propagarían hasta principios del siglo XX. Sería inagotable la mención de todos aquellos que anunciaron el descubrimiento como el acontecimiento “más grande e importante registrado en la historia del género humano”, desde el abate Reynal hasta Adam Smith y los redactores de la *Enciclopedia* para quienes “la historia del mundo no ofrece quizás acontecimiento más singular a los ojos de los filósofos que el descubrimiento del nuevo continente”.

Visiones proféticas y leyendas. Desde el fondo del tiempo medieval venía la corriente mítica de búsqueda del paraíso terrenal al que podía imaginárselo en algún lugar no conocido o en un tiempo futuro⁶. A leyendas y profecías se sumarían las circunstancias concretas o las interpretaciones sobre el “estado del mundo” -en el mundo todo o en las cercanías del propio reino. La insatisfacción de la cristiandad del siglo XVI halló su expresión en el ansia por volver a una situación más favorable. La vuelta debía ser al paraíso perdido cristiano o a la Edad de Oro de los antepasados “[...] con el descubrimiento de las Indias y de sus habitantes [...] era fácil transmutar el mundo ideal, de un mundo remoto en el tiempo a un mundo remoto en el espacio. La Arcadia y el Edén podían localizarse ahora en las lejanas orillas del Atlántico”⁷.

El encuentro más asombroso de la historia europea⁸ llegó en ese “tiempo de inquietudes”⁹, que fue la segunda mitad del siglo XV y ayudó a la conformación de la cosmovisión humanista teñida del concepto de dignidad del hombre y de un constante interés por sus posibilidades de mejorar o modificar su destino. Los humanistas proyectaron en América sus sueños irrealizados. El hasta entonces oculto mundo de las antípodas “les permitió expresar su profundo descontento con la sociedad europea y criticarla. Europa y América se convirtieron en una antítesis de la inocencia y la corrupción”¹⁰. América esta inscrita en el origen del humanismo renacentista y por tanto, en la irradiación fenomenal de este movimiento cargado de reivindicaciones sociales. Veinticuatro años después del viaje de Colón, Moro publica su *Utopía*, uno de los textos que más habría de influir en el pensamiento y en el propio desarrollo social del viejo mundo. “Uno de los más significativos documentos de compromiso social que el Humanismo podía asumir”¹¹. En rigor, su “lugar inexistente” era América.

Enseguida, un primer “retorno” a las Indias. Se sabe que el obispo de México, fray Juan de Zumarraga, leía y anotaba el texto de Moro y de allí tomó la idea de ensayar en tierra americana y entre los indios, aquel proyecto de sociedad. Ya no era Europa que inesperadamente hallaba la Edad de Oro viva en las Indias, sino los hijos

de la conquista que admiran y pretenden realizar en su nuevo medio las concepciones que llegan en libros del otro lado del Atlántico. Alguien mencionó “un viaje de ida y vuelta de la utopía a través del océano”. Más adelante, Vasco de Quiroga, protegido de Zumarraga y también lector de Moro se propone con los indios de Michoacán reconstruir la sociedad fabulosa.

Nuevo Mundo no era solo el lugar descubierto, porque el descubrimiento inauguraba un Mundo Nuevo. Influencia sobre el saber constituido y sobre el cuadro general de las ciencias. Además del pensamiento político y social, el acontecimiento deja su huella sobre la concepción de la historia, de la geografía o del cosmos, haciendo trastabillar a la ciencia hasta entonces dominante. El descubrimiento ha demostrado que existe una diversidad de mundos, de hombres, de costumbres. Se conmueven antiguas creencias y surge la duda que habría de encontrar en Michel Eyguem, llamado Montaigne (1533/92), su primer fundamento.

Inmediatamente, el tiempo colonial. La alteración causada por el descubrimiento no se limitó a la vida intelectual europea; el Nuevo Mundo también habría de incorporarse a los sistemas económico y político y era de esperar que también en esas esferas el continente “descubridor” experimentara una transformación. Durante un tiempo, las noticias provenientes de América resonaban en metálico, pero también en demanda de productos elaborados en Europa. Aun cuando la moderna historiografía haya relativizado la tesis extrema conforme la cual el tesoro americano estaría en la base de la consolidación de la burguesía y el despegue del capitalismo, es indiscutible que los galeones con oro y plata que, provenientes de minas mexicanas y peruanas, llegaban al puerto de Sevilla, aportaron una cantidad de oportunidades que favorecieron el gran impulso europeo.

Ciertamente, no todo era intercambio material. Otras noticias americanas repercutirían con mayor o menor fuerza en las conciencias europeas continuándose con inesperadas resonancias más allá de aquel siglo XVI; en primer lugar, los debates en torno de la naturaleza y condición de sus habitantes. Lo que estaba en juego era la idea de igualdad de toda criatura humana. Derecho de los hombres y de las naciones. La contracara de la explotación y las diversas formas del “cruel trato” serían los alegatos de Antonio Montesinos y las tesis expuestas por Bartolomé de Las Casas en Valladolid, en 1550, contradiciendo al erudito Sepúlveda, que llegarían a los territorios ilustrados aportando nutrientes a las formación del moderno concepto de los derechos humanos. En el mismo sentido gravitará la obra de la escuela de Salamanca y del teólogo y jurista dominico Francisco de Vitoria, reconocimiento de la entidad humana y racional de los indígenas y de la igualdad de sus comunidades respecto de

cualquier estado cristiano. Su capacidad para ser “dueños y señores”, tanto pública como privadamente y la existencia de una comunidad mundial de naciones, formulaciones de un nuevo concepto del derecho de gentes¹².

A no demasiada distancia transcurría la repercusión de la imagen del “buen salvaje” y de la bondad natural que por distintas vertientes también llegaría a los textos de la Ilustración y a las estribaciones de la Revolución Francesa. Sea a través de los relatos misioneros, sea a través de las celebres expresiones de Montaigne, a quien el contacto con indios guaraníes llevados a París inspiraría una visión crítica de los usos políticos y las realidades sociales de su continente, que seguirá resonando mas allá de su tiempo y que se incorporarían a las construcciones iluministas de Voltaire y Rousseau.¹³

Llegó luego la emancipación, un hecho madurado lentamente y que solo necesitaría de resonantes acontecimientos -se tratara de giros radicales en la historia de la humanidad, como la Revolución, o de situaciones coyunturales, como la arremetida napoleónica sobre la Metrópoli- para irrumpir definitivamente. Ya en 1801, el Abate de Pradt vislumbraba que el Nuevo Mundo se conmoviera con “la mayor revolución de que el mundo haya sido testigo”. La biografía de la

gran mayoría de los líderes que impulsaron y condujeron el movimiento emancipador refleja su registro de sucesos mundiales y la familiaridad con las principales corrientes de pensamiento, unos y otras muchas veces conocidas directamente durante prolongadas estancias en el lugar de los hechos. Manuel Belgrano, tal vez el latinoamericano más conocedor de las novedades de los fisiócratas, formado universitariamente en España, aprovechaba la cercanía física para asistir en París a las jornadas revolucionarias. En su biografía relataría:

Como en la época de 1789 me hallaba en España y la Revolución de la Francia hiciese también la variación de ideas, particularmente en los hombres de letras con quienes más trataba, se apoderaron de mí las de libertad, igualdad, seguridad, propiedad y solo veía tiranos en los que se oponían a que el hombre, fuese donde fuese, no disfrutase de un derecho que Dios y la naturaleza le había concedido y aun las mismas sociedades habían acordado en su establecimiento directa o indirectamente.

Por supuesto, además de noticias contarían los intereses y juegos de poder entre las potencias.

Cualquiera fuera la esfera de incidencia, la “deuda europea” ha sido ampliamente reconocida, pero se ha reparado mucho menos en el flujo de sentido contrario: de América hacia Europa. De un lado, el hilo crítico contenido en las imágenes del buen salvaje y la mucho más visible y directa repercusión de la Revolución de 1776 sobre la de 1789; de otro lado, el eco de la emancipación hispanoamericana inspirando autodeterminaciones. Asombrado por la imagen de la primera vez en que un pueblo se liberaba de todas las cadenas, Condorcet anunciaba que la revolución americana muy pronto se extendería por Europa. A su vez Thomas Paine, de regreso de su estadía en el continente americano escribía:

Me ha tocado tomar parte en la iniciación y triunfo de la revolución americana. El éxito y los hechos de esa revolución me animaron y la prosperidad y la felicidad que desde entonces reinan en ese país recompensan con creces los trabajos sufridos y los peligros que se afrontaron. Los principios en que se fundó esa revolución se han extendido a Europa, y una Providencia desbordante regenera al Viejo Mundo con los principios del Nuevo.





Claro que los líderes del acontecimiento americano reconocían inspiraciones del otro lado y en su imaginación moraba el Espíritu de las leyes.

Hubo otro episodio americano, en la que por entonces era la colonia más floreciente del mundo, que conmovió a Europa en el último tramo del siglo XVIII: la gran rebelión haitiana -iniciada en 1791- y la absorbente figura de su liderazgo negro. Toussaint L'Overture, cuyo nombre resonaría por años en varias capitales del Viejo Mundo, no solo por sus resonantes victorias militares -incluida la de una poderosa fuerza expedicionaria británica-, sino sus intuiciones modernizadoras. Durante el transcurso de este proceso, se produciría un hecho de inocultable simbolismo que, según algunas interpretaciones, gravitaría sobre el curso revolucionario: sumados en París a la Asamblea Nacional los delegados de la sección haitiana, la potente argumentación del representante negro logró respaldo para la abolición de la esclavitud y el reconocimiento de la libertad e igualdad de los hombres de color. Muerto Toussaint, sus seguidores siguieron la lucha hasta lograr la independencia en enero de 1804¹⁴.

Era inevitable, y más allá de los designios de las potencias, que la emancipación de las colonias españolas tuviera efectos inmediatos y mediatos en Europa. Nadie que siguiera la evolución de la política mundial podía desentenderse de lo que ello significaba para los equilibrios continentales ni de la novedad de la presencia de una veintena de nuevos estados cuya independencia unos querían frustrar y otros preservar. La propia idea de independencia adquiriría un status de significación hasta entonces desconocido en el lenguaje político y pronto incorporado como novedad a los diccionarios. De algún modo, este movimiento renovaba la antigua idea de un destino singular, encarnado en la imagen heroica de los libertadores y fundadores de naciones. Bien se ha recordado que en el París de los Borbones, los jóvenes usaban el “chapeau Bolívar” como identificación republicana y Byron le ponía el nombre del

líder venezolano al barco con el que soñaba otras liberaciones.

Existen suficientes indicios de que el ejemplo de la independencia de las colonias de hispanoamericana -constituidas conforme el ideal republicano- tuvo que ver con la difusión que el principio de nacionalidad conoció a lo largo del siglo XIX. Tales episodios no pasaron desapercibidos para el napolitano Mancini, impulsor de la unificación de las partes de Italia en un solo cuerpo político, quien desde su cátedra de derecho internacional de la universidad de Turín argumentaría sobre la idea de la nacionalidad como fundamento del derecho de gentes.

Naturalmente, los hombres de la independencia seguían abiertos a toda enseñanza y ejemplos que la fortaleciera y abriera los cauces del progreso material y ello los conducía hacia los lugares donde ese progreso parecía más evidente. Como diría el hondureño José Cecilio del Valle: “Robaré a los genios de otras naciones los pensamientos que han influido en su prosperidad”. Inicialmente, las instituciones políticas norteamericanas serían principal fuente de inspiración, aunque en la esfera económica y cultural las miradas se dirigían a Europa. Era acaso inevitable que esta germinación europeísta generara dilemas y tensiones. De un lado, entre ideales y realidades -de allí la raíz de muchos conflictos que también lo eran de las ciudades y el interior rural-; del otro, entre imitaciones sin más y búsqueda de originalidad. En ambos casos, la deriva hacia los extremos desdibujaba las vías intermedias: partir de la realidad para transformarla y hacer el esfuerzo de pensar por sí y desde sí pero nutriéndose de conceptos y experiencias de la parte más avanzada del mundo.

Durante todo el siglo XIX, los acontecimientos europeos siguieron llenando las inquietudes latinoamericanas y con la repercusión de siempre. De todos ellos, pocos pudieron competir con la influencia de los movimientos revolucionarios de 1848 y con las formulaciones del socialismo utópico y, más adelante, con los procesos de unificación de Alemania e Italia. El chileno Benjamín Vicuña Mackenna recordaría: “La

revolución francesa de 1848 tuvo en Chile un eco poderoso [...] la habíamos visto venir, la estudiábamos, la comprendíamos, la admirábamos; nos asimilamos a sus hombres por la enseñanza de ellos recibida, a sus acontecimientos por la prensa diaria, a sus aspiraciones por la república que era la fraternidad a través de los mares y de las razas”. No se trataría solo de conocer acerca de hechos e ideas, sino de replicas concretas: varios conatos revolucionarios en tierras latinoamericanas -en Colombia entre 1848 y 1855, en Chile entre 1848 y 1852- hicieron que un cronista francés escribiera en la prestigiosa revista *Revue des deux mondes* que el socialismo prosperaba en América del Sur. Muchos de los programas del socialismo utópico contemplan a América Latina como inspiración o lugar de realización¹⁵.

Mientras que los ecos de la independencia resonaban en la voluntad de emancipación de las nacionalidades sometidas de Europa, la evolución de los nuevos estados surgidos de aquel movimiento estaba lejos de confirmar las expectativas generadas por su aparición y sus definiciones republicanas. Las últimas advertencias de Bolívar, cargadas de escepticismo, eran el mejor ejemplo del estado de ánimo que prosperaría rápidamente en el escenario de las luchas interiores. El desencanto y la ansiedad calaban hondo, sobre todo en las elites de las ciudades, de modo que imitar o trasplantar se convierten en los verbos con que se conjuga un progreso que la realidad se empeña en postergar. “Seamos europeos” sería un clamor acicateado por la decepción y un programa de gobierno de las elites ilustradas. Antes habían viajado a Europa sus miembros en búsqueda de reconocimiento diplomático o auxilio para sostener la lucha independentista, ahora viajarían a la meca para aprender o simplemente para tomar distancia, aunque temporaria, de una realidad de la que renegaban. A más incomodidad por las pruebas a las que la sometería “la barbarie”, más necesidad de compensar familiarizándose con las más altas expresiones del espíritu. Empaparse de la filosofía, la literatura, el arte en París, Londres, Roma o Atenas. En

La contracara de la explotación y las diversas formas del “cruel trato” serían los alegatos de Antonio Montesinos y las tesis expuestas por Bartolomé de Las Casas en Valladolid, en 1550 [...], que llegarían a los territorios ilustrados aportando nutrientes a la formación del moderno concepto de los derechos humanos. En el mismo sentido gravitará la obra de la escuela de Salamanca y del teólogo y jurista dominico Francisco de Vitoria, reconocimiento de la entidad humana y racional de los indígenas y de la igualdad de sus comunidades respecto de cualquier estado cristiano.

primer lugar, la capital de Francia, motivo de una verdadera devoción: apenas pasada la mitad del siglo, el mencionado Vicuña Mackenna exclamaba: “Estaba ya en París. Estaba en la capital del mundo, el corazón de la humanidad en que todo parece latir con las pulsaciones gigantescas que el espíritu de todos los pueblos envían a ese centro de vida y de inteligencia”. En ocasiones, un dejo de reproche por la devoción no correspondida: otro chileno, José Victoriano Lastarria diría: “La América conoce a Europa, la estudia sin cesar, la sigue paso a paso y la imita como un modelo; pero la Europa no conoce a la América [...] su solo interés es industrial y sus agentes los mercaderes”

Obviamente, Latinoamérica era parte de un sistema mundial y un capítulo importante en los cálculos de poder de las potencias. El proceso independentista había estado ligado a juegos en los tableros internacionales -aun cuando el británico Canning hubiera exagerado al afirmar que había obrado en América en nombre del equilibrio de poder europeo. Despejada las aventuras recolonizadoras -que vale decir reflejaron intenciones diferentes de los grandes protagonistas-, quedaban las pujas de posiciones en un espacio que muchos imaginaban ideal para proyectar modelos neocoloniales. Inglaterra a la cabeza de ellas, aunque sus hegemonías sería desafiada por las ambiciones de Washington. Solo la fugaz aventura mexicana de Napoleón III -que dicho sea de paso se acompañó de una de las primeras menciones a la América Latina-, procuró terciar en un juego bipolar.

A lo largo del siglo, las noticias del mundo seguirían desembarcando en los puertos latinoamericanos. Después del romanticismo le llegó el turno al sociologismo positivista que se difunde como un virus en un terreno

abonado para prosperar contribuyendo a darle letra a las imágenes más pesimistas sobre los destinos de la región, mezcladas con referencias a leyendas negras, pecados de origen y enfermedades incurables. Paradójicamente, en simultáneo con los diagnósticos más escépticos respecto de lo que podía esperarse de un puñado de repúblicas signadas por la inestabilidad y las luchas interiores, las cosas comenzaban a dar un vuelco que pronto rehabilitaría la antigua imagen del continente de la esperanza. La oportunidad llegó con la demanda de alimentos y materias primas de la Europa industrializada. En la onda de una nueva aceleración del secular movimiento mundial globalizador, irán hacia el Norte carnes, granos, café, estaño, cobre, etc. y vendrán productos manufacturados, capitales y hombres. En poco más de tres décadas una parte del continente cambia de rostro y prospera, olvidándose de sus antecedentes y sin reparar en todos los que quedan al margen. El desencanto se desvanece y va dejando lugar a su contrario.

Autoestima en los locales e ilusiones en los que llegan desde el otro lado del océano. En la aventura transatlántica se condensan los sueños de una nueva vida de millones de europeos que se embarcan con la promesa de trabajo y prosperidad. En algunos casos, el crecimiento toma la forma de un “milagro” que sorprende. En los mismos barcos que transportan inmigrantes vendría una nueva oleada de viajeros con parecidos propósitos de los de un siglo antes: explorar oportunidades de negocios o saber de qué se trataba. En la dirección contraria seguirá marchando un apretado núcleo de latinoamericanos con la mente fija en el “imaginario transatlántico”: esnobismo e impostación cultural por parte de algunos, avidez de aprendizaje por parte de otros. Los

cuadros sociales de ambas posturas difieren sensiblemente: miembros de las oligarquías de un lado, intelectuales y artistas del otro. Actitudes bohemias en ambos lados. Algo inesperado le ocurriría a muchos: la estadía en Europa y la familiaridad con sus expresiones les permitiría “reconocerse” en sus orígenes y manifestaciones. Descubren a Latinoamérica: política y culturalmente. Se “latinoamericanizan”. En el campo del arte y la literatura matizan la disposición imitativa y afirman originalidad de paisajes y tipos humanos que los europeos comienzan a reconocer. El cubano Alejo Carpentier relataría el modo en que llegó a percibir que lo que denominaría “lo real maravilloso”, que era lo que se esforzaban en hallar sus anfitriones surrealistas, existía naturalmente en los lugares desde los que él provenía. En paralelo, y de algún modo realizando propuestas que se habían hecho mucho tiempo antes, intelectuales y artistas de distintos países aprovechan la hospitalidad europea para poner en marcha iniciativas latinoamericanistas de claro corte político-identitario.

En eso estaban europeos y latinoamericanos cuando se produjo un acontecimiento que concitó la atención de unos y otros: fue el estallido mexicano de 1910 y la gesta que le siguió, personalizada en dos figuras capaces de nutrir los imaginarios reivindicativos: Pancho Villa o Emiliano Zapata. El interés se orientó también hacia las noticias literarias y artísticas provenientes de América Latina. Varios siglos después de los relatos del Inca Garcilaso o de las aportaciones del barroco, el potente muralismo mexicano de Rivera, Orozco y Siqueiros no pudo pasar desapercibido, como no lo pasaría una literatura rica en exhuberancias tropicales o melancólicas llanuras.

La experiencia mexicana, al margen de

lo que tenía de singular y atrayente por el papel de la masa indígena, se uniría inevitablemente al potente estallido que conmovió al mundo en 1917 y que le pondría amplificador al clima revolucionario a lo largo de las dos décadas siguientes. La Revolución Rusa fue recibida con temor por unos y alborozo por otros. Las burguesías que se estremecían ante la mención de lo bolchevique darían la bienvenida a la reacción fascista dispuesta a “contener” el peligro rojo; mientras que, por otro lado, generó la comunión entre los que a ambos lados del Atlántico creían en la llegada de la emancipación humana y la construcción de un mundo nuevo. “Los tiempos nuevos” sería el título del ensayo de José Ingenieros, por entonces la figura arquetípica del intelectual, el mismo que había impulsado el latinoamericanismo y que anunciaba una definitiva renovación moral diseñada en el programa de la Rusia revolucionaria y se identifica con la Internacional del Pensamiento que impulsa el célebre grupo Claridad, encabezado por Anatole France, Henry Barbusse y Romain Rolland, unidos en la convicción de “un gran resplandor que provenía del Este”.

Cualesquiera que hayan sido las circunstancias que empujaban en la dirección de la afirmación latinoamericanista de los primeros años del siglo XX -en especial los vientos expansionistas que venían soplando desde Washington- encontraron un inesperado auxilio en el impacto que tendría la Primera Guerra Mundial sobre las representaciones más difundidas; caló hondo un primer gran desencanto respecto de la civilización que era capaz de destrozarse en las trincheras. Claro que la idea de crisis y de decadencia tenía conspicuos emisores europeos -empezando por el muy leído Oswald Spengler-, cuyas voces llegaban hasta Latinoamérica reflejando el modo en que gran parte de la *intelligentsia* europea veía a lo que volvía a denominarse el “Viejo Mundo”, pero asignándole al adjetivo nuevas y pesimistas resonancias. Por otra parte, en 1920, el francés Albert Demangeon había escrito “*Le declin de l'Europe*”.

Hubo un “cambio de talante” que no desplazó del todo a la anterior disposición europeísta pero la hizo coexistir con miradas recelosas o reproches alimentados por nuevas canteras ideológicas. Este fenómeno, muy visible en los años veinte, se profundizó en la década siguiente y alcanzó su pico al iniciarse la segunda conflagración. Se hizo cada vez más frecuente hablar de desencanto, decepción, desengaño -y siempre de declinación. Uno de los participantes del mencionado coloquio de Buenos Aires de 1936 afirmaba: “Se nos dice que se difunde aquí un sentimiento de decepción frente a Europa [...]. Avanzando más se nota en los americanos del sur una decepción de carácter político y respecto de la organización social y los métodos gubernamentales europeos”.

Por contraste, y nutrido por el desencanto respecto de lo que podía esperarse de las “cunas civilizatorias”, en Latinoamérica crecía un sentimiento de autoafirmación y la versión regional de un destino manifiesto; de un lugar de realización de ideales humanistas. Ello se reflejaba en la “Utopía de América”, publicada en 1924 por el dominicano itinerante Henríquez Ureña. Mientras “la Europa decadente” no dejaba de exportar los usos y las ideas de los modelos fascistas y estalinistas, muchos latinoamericanos se esforzaban en hallar caminos alternativos originales poniendo énfasis en los propósitos de autonomía y justicia social y confiaban en los vientos renovadores que soplando desde la región terminarían despejando los nubarrones del mundo. Como diría el mexicano Alfonso Reyes: “Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros”.

Lo cierto es que muchos europeos pensaban lo mismo. En el mencionado coloquio, Jacques Maritain afirmaría:

Si la cultura europea está a punto de quebrarse y si ella marcha quizás a la ruina, si entra en un período agónico se comprenden bien los sentimientos de inquietud y desilusión que se desarrollan en las regiones del mundo menos inmediatamente alcanzadas por los desgarramientos que sufre la cultura europea, pero que son inevitables.

Un par de años después, Paul Valéry decía:

Si una guerra llegara finalmente a concluir de aplastar a esta Europa, ¿qué quedaría de nuestros tesoros y de nuestras esperanzas? [...]. Pero la humanidad no perdería todo su saber, todo su patrimonio espiritual, en ese enorme siniestro cuya mera probabilidad, que no es pequeña turba y paraliza al pensamiento europeo. Una América más cuerda, más libre, más esperanzada que nosotros, habrá acogido para entonces lo mejor de nuestra obra [...]. Creo que se puede considerar a América como la gran reserva de la civilización occidental, creo que de este lado del Atlántico nacerán los esfuerzos a los cuales tendremos que acudir dentro de un plazo más o menos largo.

El belga Estelrich sería todavía más categórico:

Los países de América Latina representan para la vieja Europa, fatigada, destrozada y dividida contra ella misma, una suerte de nueva primavera, una nueva juventud del mundo. Tienen un dinamismo, un impulso vital y un optimismo que contrastan singularmente con el clima espiritual de la mayoría de las naciones europeas. Conjuntamente con Rusia, aparecen como los lugares en los cuales las posibilidades son ilimitadas.

Si bien la mayoría de los europeos que expresaban aquel sentimiento creían en el papel de “renovación civilizatoria” que podía desempeñar la parte latina del continente, debido al “lazo espiritual” que sentían que los unía, al mencionar a América muchos pensaban en la porción anglosajona, reapareciendo una vez más el antiguo elemento de ambigüedad. En rigor, fueron estos últimos los que sintieron



Cualesquiera que hayan sido las circunstancias que empujaban en la dirección de la afirmación latinoamericanista de los primeros años del siglo XX -en especial los vientos expansionistas que venían soplando desde Washington- encontraron un inesperado auxilio en el impacto que tendría la Primera Guerra Mundial sobre las representaciones más difundidas; caló hondo un primer gran desencanto respecto de la civilización que era capaz de destrozarse en las trincheras.

que se confirmaban sus presunciones, aunque de una forma distinta a la esperada: desde fines de 1941 -cuando ya habían transcurrido dos años y medio de lucha-, las tropas estadounidenses ayudaron al vuelco que daría el curso de la guerra y contribuyeron a evitarle a Europa un destino autoritario (aunque compartirían tal mérito con el Ejército Rojo). Allí, junto con la gestación de la denominada Alianza Atlántica, hasta entonces circunscripta al vínculo entre Washington y Londres, se constituyó uno de los más fenomenales equívocos del siglo XX: la idea del rescate habría de convertirse en un formidable recurso de “poder *soft*” del que la hiperpotencia se valdría, de ahí en adelante, toda vez que lo necesitara. Nada más fácil que imponer la imagen del rescate de otra amenaza totalitaria.

Terminada la guerra, Europa se concentra en su reconstrucción, empresa que, merced al plan Marshall y la presencia soviética, fortalecería su disposición hacia Washington. Parece empeñada en aventar la imagen de la decadencia y tomar distancia respecto de episodios de los que no podía jactarse aunque demonizara a regímenes y líderes. El europesimismo se desvanecería con rapidez. Para ello pondría en actividad mecanismos mentales que solo aseguran memorias parciales. En cierto modo, también Latinoamérica se vuelve sobre sí misma, aunque en este caso para consolidar su progreso económico por vía de la industrialización, crecimiento que, dicho sea de paso, le permite recibir una segunda oleada inmigratoria de la que son parte poblaciones que han sufrido la contienda y sus consecuencias demo territoriales. Nuevamente la esperanza para muchos cientos de miles.

Ni la disposición hacia Estados Unidos y su concepto de la contención del comunismo, ni el ocultamiento de un pasado reciente con demasiadas sombras favorecerían el reconocimiento europeo hacia las singularidades y valores latinoamericanos que la región había parecido dispuesta a considerar en los años en que marchaba hacia la guerra. Muy rápidamente se dejó de lado la idea de que la región podía jugar un papel de importancia en el rumbo de los destinos humanos. Apenas reaparecería en iniciativas algo marginales, como los coloquios organizados por la UNESCO en San Pablo y Ginebra para analizar las relaciones culturales entre ambas regiones en la óptica de una convergencia en el desarrollo de un humanismo occidental abierto a otros pueblos¹⁶. En rigor, el distanciamiento sería mutuo. En concordancia con la matriz ideológica de la Guerra Fría, la impostación “norteamericanista” tomaba el lugar, en un nivel cultural mucho más degradado, de su precedente europeísta.

Hubo sí una señal proveniente de Europa en la que los latinoamericanos no dejaron de reparar: fue la que se relacionaba con

el avance del movimiento unificador tal como transcurrió desde la celebración de los Tratados de Roma. Otorgando un nuevo nutriente a la antigua tradición unificadora inscrita en la cultura política de la región, la experiencia comunitaria se constituiría en un ejemplo que alentaría iniciativas que comenzaron a cristalizarse desde el inicio de los años sesenta.

Solo en algún momento y para la parte más radical de Europa, América Latina volvió a recuperar el título de región de las expectativas. Fue cuando los guerrilleros comandados por Fidel Castro implantaron en Cuba la planta revolucionaria. Hacia allí fueron buena cantidad de intelectuales europeos, encabezados por el filósofo más comprometido y prestigioso de la época para comprobar en el lugar y empaparse de los logros de un gran movimiento social emancipador. El “Huracán sobre el azúcar”, título de un resonante ensayo de Sartre, fue símbolo de un gran movimiento que empalmaba con el clima de la descolonización del Tercer Mundo y compensaba a muchos de la cada vez más descorazonadora evolución de los socialismos reales y del papel del proletariado y su vanguardia. Era una gran noticia.

Otro indicio de interés, aunque con connotaciones muy diferentes, fue el de la Francia gaullista. El fundador de la Quinta República, consustanciado con la idea de restaurar la grandeza de su amada mediante la puesta en práctica de una política exterior independiente, dirigió una mirada hacia América Latina proyectando un concepto de influencia que trascendía la plataforma necesaria para procurar oportunidades empresariales. Su gira latinoamericana sería como un lejano eco de antiguas pujas inter-hegemónicas procurando terciar en un juego monopolizado por Washington y, secundariamente, por las potencias del Este.

La inestabilidad política y las recurrencias militaristas -inseparables de los designios y las prácticas de Washington-, no podían sino ampliar la brecha con un continente que se recuperaba rápidamente y fundaba una nueva cultura política democrática. La oleada institucionalizadora de los años ochenta devolvió algo del interés por Latinoamérica, aunque la atención concentrada en cuestiones de la transición y la gobernabilidad no se acompañó de gestos concretos que las facilitarían; antes bien, los europeos recomendaron a países agobiados por la deuda que acompañaran las políticas de ajuste prescriptas en un célebre consenso de la capital norteamericana y que no se apartaran de las rígidas evaluaciones ortodoxas del Fondo Monetario Internacional. En el fondo, el derrumbe de los socialismos reales y el auge del neoliberalismo de mercado pesaban sobre el ánimo del progresismo europeo de quien se esperaba otro auxilio.



Fuera por flamantes convicciones o por el deseo de mostrarse en acuerdo con las ideas dominantes, fuera porque la fiebre privatista se convertiría en una fuente de negocios para las empresas de sus países.

Volviendo al inicio. El papel que una acción concertada entre Europa y América Latina podría desempeñar en la construcción de un orden mundial alineado conforme los principios democráticos cosmopolitas demanda un esfuerzo serio -no retórico- de comprensión. Saber acerca del otro; de su entidad y singularidad. Del lado europeo, bastante más que admitir que por sobre un patrón de intercambio desigual, en mucho de lo que son hay huellas latinoamericanas; se trata de trabajar sobre la forma de concebir el triángulo atlántico y corregir el “déficit de comprensión” que sigue nutriendo los reflejos eurocentristas.

No es el modo subordinado de pensar el eje Atlántico el que ayudará a Europa a hacer algo por un mundo más pacífico, ni ensayar aquello que alguna vez se insinuó como “nuevo humanismo”. Obviamente ha habido mucho más que necesidad, incompreensión o efectos de la propaganda en la actitud que desde la segunda posguerra Europa adoptaría frente a las dos partes de América. La condescendencia respecto de Estados Unidos no tiene contrapartida en las posturas frente a América Latina. No es el mismo celo que pone en los juicios sobre las características de la vida política, de la democracia en uno y otro lado. Puede entenderse la trama de intenciones e intereses de representaciones del pasado y de especulaciones sobre el presente que sostienen este modo de concebir la alianza atlántica y la resistencia a mostrar una postura más independiente. No hay salida sin crítica a la hiper-potencia. Después de todo, la cuenta, ya ha sido pagada con creces y los bienes

públicos que ésta podría proveer son más que compensados por los costos de sus disposiciones bélicas.

Es fácil advertir que una parte de Europa, la política e ideológicamente más radical, siempre necesitada de actores que carguen sobre sus hombros las grandes rupturas revolucionarias, vuelve a reparar en los vientos latinoamericanos, sean las formas chavistas, las promesas indigenistas o los movimientos sociales surgidos entre los escombros del sismo neoliberal. Y allí no hay ponderación en los juicios; por contraste, la otra Europa apenas se preocupa por entender estos procesos y se refugia en convencionalismos, resistiéndose a interpretar las expresiones de la región en las que siempre laten aspiraciones autónomas e igualitarias. El eurocentrismo sigue sin reconocer las complejidades de la periferidad.

Notas

¹ Comunicación de la Comisión al Consejo y al Parlamento Europeo “Una Asociación reforzada entre la Unión Europea y América Latina”, *Estrategia para una Asociación reforzada entre la Unión Europea y América Latina: presentación detallada* {COM(2005) 636 final} (http://ec.europa.eu/comm/external_relations/la/news/ip05_1555.htm).

² Comisión argentina de cooperación intelectual-Institut international de coopération intellectuelle (eds.), *Europa-América Latina*, Buenos Aires, 1937.

³ Las discusiones mantenidas en el seno de esta reunión y de aquella también organizada en Buenos Aires en 1936 por la filial argentina del Club PEN, son objeto del artículo de Corinne Pernet incluido en este mismo número de *Puente @ Europa* (Nota del Coordinador Editorial, N.C.E.).

⁴ José Luis Romero, *Situaciones e Ideologías en Latinoamérica*, Buenos Aires, Sudamericana, 1986.

⁵ Arthur Whitaker, “Las Américas en el triángulo atlántico”, en Lewis Hanke, *Tienen las Américas una historia común?*, México D.F., Diana, 1966.

⁶ Melvin Lasky, *Utopía y Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1985 (ed. orig. 1976).

⁷ J. H. Elliot, *El viejo mundo y el nuevo*, Madrid, Alianza, 1972.

⁸ Tzvetan Todorov, *La conquista de América. El problema del otro*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003.

⁹ Ver, curso dictado en el *Collège de France* entre 1944-1945 por Lucien Febvre, *L'Europe: genèse d'une civilisation*, Paris, Perrin, 1999.

¹⁰ J. H. Elliott, *op. cit.*

¹¹ Ruggiero Romano y Alberto Tenenti, *Los fundamentos del mundo moderno. Edad media tardía, reforma, renacimiento*, Colección: Historia Universal Siglo XXI, Madrid, Siglo XXI, 1971.

¹² Respecto al nacimiento del “derecho de gentes”, ver el artículo de Luigi Nuzzo incluido en esta sección (N.C.E.).

¹³ Germán Arciniegas, *América en Europa*, Bogotá, Plaza Janes, 1980.

¹⁴ Germán Arciniegas, *Biografía del Caribe*, Buenos Aires, Sudamericana, 1972.

¹⁵ Pierre-Luc Abramson, *Las utopías sociales en América Latina en el siglo XIX*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1999.

¹⁶ UNESCO, *Las relaciones culturales y morales entre el Viejo y el Nuevo Continente*, Madrid, Cultura Hispánica, 1957.